

PARÍS

Camilo Espinoza Beas*

I

La noche anterior sólo pude dormir tres horas, y en parte era razonable, al día siguiente debía visitar la tumba de Cortázar. Me desplazé con tanto acierto, sería imposible que me perdiera en París. Miraba la arquitectura, las calles, los edificios y era como si recordara que antes estuve allí, observando y recorriendo esas calles parisinas. Mi interés por la literatura francesa me producía un éxtasis sui géneris. A mi lado, un hombre delgado, de cabello blanco, de dientes saltones, muy cortés, con dejillo latinoamericano me dijo que desconfiara de los jóvenes escritores franceses, porque albergan ideas viejas como su continente y quieren apoderarse de las ideas de escritores latinoamericanos. Imagino que este hombre muy cortés y de modales refinados me lo decía porque yo ojeaba un libro: *La ciudad y los...* Él contemplaba el volumen como si fuera su obra maestra, como si fuera un *Boom*. No le tomé importancia. Únicamente lo miré y me despedí cortésmente, indicándole que la próxima estación era mi destino.

Salí del metro, ya me encontraba en Montparnasse. Caminaba como si conociera esos lugares de toda la vida, ya ni siquiera miraba los carteles que indicaban hacia dónde debía dirigirme. Avanzaba y sentía un vientecillo de bienvenida en mi rostro.

Abril fue un mes muy frío cuando decidí visitar a Julio. No me resultó complicado llegar a su tum-

* (Lima, 1977). Estudió Derecho en la Universidad de Lima. En 2011 se publica, en Lima, su primera novela: *Tras los pasos de Joaquín de Almeyda*. En 2012 sigue estudios en España, en el Máster en Cultura de Paz y Derechos Humanos, Universidad de Granada; al año siguiente fue seleccionado como becario del programa LLP-ERASMUS para una estancia de investigación en la Università Degli Studi di Milano, Italia. En 2013 obtuvo la medalla de oro en la categoría "Cuentos y narraciones", Juegos Florales del Colegio Militar Leoncio Prado. Desde el 2012 colabora con la Asociación Cultural Arte Fénix Granada, España. En la actualidad trabaja en su segunda novela.

ba, me conducía con tanta pertenencia y creo, sin exagerar, que podía llegar a él con los ojos cerrados. A medida que me aproximaba a su tumba, pude ver que alguien la limpiaba con mucho cuidado y respeto; más de cerca, supe que era un cronopio, por su modo de moverse pensé que era poeta. Ya en su tumba, con una amabilidad asocial, me contó, con la mayor soltura y confianza, unos secretos de Julio pero sin convicción, así que no los recuerdo. Dejé sobre su tumba un pedazo de hoja cuadrada, que no coincidía con los círculos de allí. No viene al caso contarles qué contenía aquel pedazo de hoja cuadrada. Me quedé cerca de veinte minutos pensando cómo desarrollaría la trama y los personajes. Al volver en mí, el cronopio poeta, amable y asocial ya no estaba. Sentí frío en mis rodillas y decidí que era hora de marcharme. No pude despedirme de Julio, porque aún seguía con la incógnita del desarrollo de la trama y los personajes. Estoy convencido de que Julio me ha entendido, seguramente le ha sucedido lo mismo, o tal vez no, pero ya no tiene importancia.

En la puerta del cementerio, un hombre muy elegante se me acercó. No le reconocí de inmediato, porque andaba aún en mis pensamientos, y con un acento particular me dijo: "Hace mucho frío, ¿no es así?", y en ese momento advertí que era un fama. Agregó: "No le preste atención a ese, yo sí sé los secretos de Julio, pero antes deberá acompañarme a beber una copa, porque llevo días esperándole".

II

Estuve hospedado muy cerca de la estación Guy Moquete en Montmartre. Caminando podía llegar a Sacré Coeur, y desde luego que transité el trayecto en varias ocasiones, sobre todo en busca de una persona, a quien debía encontrar para decirle que él había sido

el responsable de mi insomnio. No podía dormir y me sentía a morir, no podía desarrollar la trama ni los personajes y cada vez me sentía en un callejón oscuro y sin salida, y sin posibilidad de hallar una luz que me ayudara a ordenar mis pensamientos.

Recorría las calles en busca del responsable de mi insomnio. Al no tener éxito, monté una estrategia, personifiqué el papel de un novel periodista literario, sin credencial alguna porque estaba a prueba en una revista dedicada a escritores latinoamericanos en París. Mi labor consistía en entrevistar e indagar por la vida de Alfredo y su *amigdalitis*. Mi pésimo francés entorpecía mi labor, aun así preguntaba a cuanta persona se cruzaba por mi camino si conocían a un escritor de nombre Alfredo, o tal vez Martín Romaña. A lo mejor lo conocían como Pedro y repetía tantas veces Pedro por si alguien lo recordaba. Intentaba con Stanley Black, pero no tenía éxito alguno.

Sentado en los escalones del teleférico de Montmartre, una simpatiquísima mujer de ojos azules, contextura fina, de excelente gusto en su vestimenta y cutis que denotaba haber sido feliz de niña, se me acercó y me dijo que Alfredo andaba durante las noches por la *rue* de los bares y que seguro lo encontraba en uno. Y que más bien lo ayudara a llegar a su casa, porque a veces duerme en el parque muy cerca al carrusel diabético: "Es un buen señor, muy simpático de gafas graciosas y bigotes graciosos también", concluyó. Inmediatamente me miró con esos ojos azules y, por un instante, me perdí pensando en lo divino que hubiese sido si se ella se cruzaba en mi camino cuando yo no tuviera este conflicto en mis pensamientos y no arrastrara este insomnio que me estaba devorando por dentro, y dijo segura y sin titubeos: "He sabido que Alfredo vomita conejitos de color blanco, son muy pequeños

y lindos. Lo rodean, saltan sobre él y se quedan cuidándolo hasta que recobra la conciencia y la ubicación, y se pone en pie para dirigirse a su casa". Continuaba: "Al comienzo nos sorprendió muchísimo, como usted se podrá imaginar; estas cosas no pasan muy a menudo. Pero la preocupación mía y de los demás es que alguna vez se atragante con un conejito y nadie estará para socorrerle y sería una pena que algo terrible le sucediera, porque ya nos hemos acostumbrado a escucharlo cantar *Siboney yo te quiero yo me muero por tu amor* y nos agrada ver conejitos blancos cerca al carrusel diabético y enfermo, porque dan la impresión de ser niños y, además, tengo la sensación de que el carrusel ya no se ve tan enfermo y acabado. Es como si rejuveneciera".

III

De mi genuina preocupación por la amigdalitis de Alfredo, de un tiempo a esta parte tengo la sensación de tener los síntomas de una amigdalitis; aunque no del mismo tipo, porque la de él si es muy particular. Sin embargo, me da la impresión de estar contagiado y cada vez me siento a la mala, y aún no he podido terminar mi narración semanal para la revista sobre escritores latinoamericanos en París, en la que estoy a prueba hace trece semanas aproximadamente. Sospecho que seguiré a prueba por un muy largo tiempo. Pero no me quejo, en verdad no me estoy quejando, o quizás un poco.

IV

Una vez por semana me reúno, muy cerca de la *Tour Eiffel*, con una compañera que conocí en un curso sobre Derechos Humanos. Ella era de ese programa de Erasmus, a lo mejor lo seguirá siendo. Tenemos ya practicada la rutina de caminar, conversar, reír (si es que hay motivos) y luego sentarnos en un *bistro* muy parisino y muy modesto a la vez, a beber café y seguir la conversación, hasta que ella, con su frase habitual, sentencia: "Se me ha hecho tarde y tengo tantas cosas que hacer". Aquella frase se repite una y otra vez, lo que cambia es la fluidez y el estado de ánimo con que lo dice. Siempre he querido preguntarle por qué no solo dice "adiós", "hasta luego" o simplemente te marchas. Considero que si dijera algo así rompería la mecánica de nuestros encuentros y la forma de ser de ella, y eso re-

sultaría en una tragedia. Además, es la única mujer con la que puedo conversar de literatura y, repito, sería una tragedia perderla.

Ella es italiana, delgada, con una gran sonrisa y de un cabello exquisitamente único. Tiene un encanto muy particular. Me gusta escucharla hablar. Habla con tanta delicia que me pasaría horas oyéndola, pero no puedo darme ese gusto porque también necesito hablar, porque si no digo palabra alguna corro el riesgo de quedarme mudo y consecuentemente absurdo. Es de las pocas personas con las que converso. La voz de las francesas e italianas son melodía para mis oídos. Excepto la voz de mi compañera, la señorita Georgette Marie, muy francesa y muy revolucionaria. Al volverse contestataria y, dice ella, revolucionaria verde (no sé qué significa eso, aunque tengo una leve sospecha sobre el tema), he empezado a odiarla y quiero alejarla de mis oídos porque no me hace bien y eso empeora mi amigdalitis, que por estos días me tiene nuevamente a la mala.

ELLA

Angie Michelle Muñoz Castilla

Miré el reloj. Ya marcaba las cuatro. Me parecía extraña su tardanza. Mayormente era puntual en todo, pero justo cuando empezaba a sacar conclusiones, un fuerte portazo en la cochera me comprobó que estaba equivocada.

Compartíamos tanto tiempo juntas, pero al mirarla a los ojos jamás sentía ningún vínculo, a veces me preguntaba si en verdad era la persona que me había traído al mundo y cargado por nueve meses.

—¿Es que acaso tú no haces otra cosa que preocuparte por tus estudios? ¿No ves cómo está la casa? ¿No puedes apoyar en algo? —dijo.

—Está bien, ma, pero es que creí que solo te importaba que sea una profesional de 'súper mega' éxito y el dinero, ¿no? ¿Por qué te preocupas por estupideces? Para eso hay empleada.

—¡Ah! Claro, itu padre! Él tiene toda la culpa. Ese, con tal de que no grite, gasta todo el dinero que quiere. Primero, compra...

¿Ya para qué seguir? Lo que ella decía no tenía fin, lo repetía una y otra vez cuando peleábamos. Y mi papá era como un robot que la servía solo a ella. Decía algo y él tenía que hacerlo, a pesar de que no le gustara. Aún no estaba muy segura de cómo funcionaba su relación. ¿Cómo es que llegaron a casarse? ¿Alguna vez se amaron? Muchos matrimonios solo siguen por costumbre, por monotonía, porque afrontar que tienen un problema es más complicado. Así que deciden fingir ser una 'pareja feliz'.